

Rojo vivo

Julieta Reina

Image not found.

# Capítulo 1

Mis ojos, humedecidos, ajados, y cansados de tanto llorar, miraban con ironía las pequeñas gotas de confianza que caían al suelo.

Estas gotas comenzaron a caer tan simétricas que parecían gemelas, tan lento que parecían eternas, tan desconcertantes que no cualquiera entendería el motivo de su caída.

Caían firmes y decididas sobre pedazos de papel y cristal previamente destruidos.

He aquí mis memorias.

Una tras otra abandonaban el lugar que tanto mal les había hecho.

Se llevaban con ellas la inseguridad, el miedo, la soledad, la locura y el arrepentimiento.

Caían formando de a poco un gran charco que se extendía por el piso de la habitación.

Me agradó el hecho de mirarlo fluir, desde lo más profundo de mi corazón hasta ese rincón de la habitación en el que jamás me había parado.

Mis sentimientos hasta allí llegaron.

Descanse la cabeza por un momento contra la pared, con los ojos cerrados.

Pero no fue más que un momento porque, pese al cansancio que me había atacado, lo que sucedía en la habitación merecía toda mi atención y respeto.

Cada segundo que pasaba, cada gota que caía, cada centímetro de madera que se manchaba, para mí, tenían un fúnebre significado. Ese significado que había buscado mi vida entera, ese dolor que pensé estúpidamente que existía. Esas torturas que yo misma me infligía y este pesar que destruyéndome tan feliz me hacía.

Y seguían cayendo, y seguían avanzando porque, aunque yo me hubiera rendido, aunque hubiera elegido que mi cuerpo me acompañara en esta rendición, esta esencia no se daba por vencida.

Quería ser libre.

¿A caso pensaba que yo sería tan amable de liberarla?

Al igual que las agujas del reloj, lo que está dispuesto para correr en un sentido no puede correr en el contrario. ¿Sabrían las gotas que se estaban alejando?

¿Sabrían que por más que avanzaran, nunca volverían?

¿Qué sabrían de la vida unas simples gotas?

Mi cerebro, a esta altura estaba nublado, durante los primeros veinte minutos del correr todavía tenía fuerza, pero ya había llegado un momento en que la realidad se confundía con la imaginación y el subconsciente intentaba luchar por hacerme entender que no estaba bien lo que yo estaba haciendo.

Una lástima ya que, si me hubiera arrepentido en ese momento, ya no poseía fuerza alguna para remediar el pasado.

Es que, llevaba 10 años cometiendo errores.

Un ruido me había sacado de mis fantasías.

Una de mis manos yacía inerte sobre el suelo; la misma había soltado con desdén el cristal que llevaba diez minutos sosteniendo con firmeza.

Mi cabeza colgaba hacia un lado, sin fuerza alguna que la mantuviera en su lugar. Justo frente a ella las gotas seguían surgiendo, esta vez algo desparejas, algunas pequeñas-arrepentidas, otras rápidas-desesperadas, otras grandes-compañeras.

Mis dedos se iban cerrando, ya sin fuerza. Y unos segundos antes de que fuera demasiado tarde, me di cuenta de a dónde estaban corriendo las gotas. Qué era lo que estaban buscando.

A pocas fracciones de segundo de perder la conciencia, logre ver qué había en aquel rincón al que se dirigieron.

El sol había salido, entraba por la ventana con una luz simple y tenue. El matiz del sol reflejado en mis penas tiñó la habitación de un color rojo. Rojo vivo.